

de una felicidad más alta que el ignorante (34); tal es la primera causa de la importancia atribuida á la educación; cierto que la organización natural es la fuente primera y más fecunda de nuestra felicidad, pero la educación es la segunda y no menos importante; gracias á estas ventajas puede remediar los defectos de nuestra organización, pero su fin primero y supremo es asegurar la paz del alma con el conocimiento de la verdad.

No será necesario añadir que la Mettrie, como Lucrecio, se propone ante todo eliminar la creencia en la inmortalidad del alma, y se toma no poco trabajo para demostrar que en el fondo Séneca y Descartes eran de la misma opinión en este punto; este último recibe una vez más grandes elogios: lo que no se atrevió á enseñar por temor á los teólogos que querían perderle, lo ha expresado de tal modo que espíritus menos elevados pero más atrevidos tenían actualmente que encontrar la conclusión que dejaba entrever. Para elevarse de este endemonismo fundamental á la idea de la virtud, la Mettrie hace intervenir las nociones del Estado y de la sociedad, pero de una manera esencialmente distinta que Hobbes (35); está de acuerdo con éste en que no hay virtud en el sentido absoluto de la palabra, sino sólo en el relativo, no existiendo el bien y el mal más que en relación con la sociedad; á la severa prescripción emanada de la voluntad del Leviathan, se substituye la libre apreciación del bien y el mal que el individuo puede hacer á la sociedad; la distinción entre la legalidad y la moralidad, que desaparecía por completo en Hobbes, recobra sus derechos con este matiz de que la ley y la virtud derivan de una misma fuente; como siendo ambas, por decirlo así, instituciones políticas, la ley está ahí para asustar é infundir temor á los malvados, y las ideas de virtud y mérito excitan á los buenos á consagrar sus esfuerzos al bienestar general.

Tenemos aquí en la manera con que la Mettrie hace

contribuir al bien público el sentimiento del honor, todo el germen de la teoría moral á que Helvetius dió más tarde tan grande desarrollo. El principio de moral más importante, en el que el materialismo puede apoyarse, el de la simpatía, se menciona también aunque de pasada. «En cierto modo el hombre benéfico se enriquece tomando parte en las alegrías que procura»; la relación con el yo impide á la Mettrie reconocer en toda su extensión la verdad general que ligeramente apunta en esa frase; ¡con qué precisión y con qué elegancia se expresa más tarde Volvay en su *Catecismo del ciudadano francés!* La naturaleza, dice, ha organizado al hombre para la sociedad; «dándole sensaciones le organizó de tal suerte, que las sensaciones de los otros se reflejan en él; de ahí nacen sensaciones simultáneas de placer, de dolor, de simpatía, que son un atractivo y un lazo indisoluble de la sociedad»; sin duda ese atractivo no hace falta tampoco como medio de unión entre la simpatía y el principio del egoísmo que decididamente consideran como indispensable todos los moralistas franceses á partir de la Mettrie. Por un audaz sofisma, la Mettrie hace hasta derivarse de la vanidad el desprecio á la vanidad, la cual le parece el punto culminante de la virtud. «La verdadera felicidad, dice, debe venir de nosotros y no de otros; hay grandeza cuando, disponiendo de las cien trompas de la Fama, se las impone silencio y se basta uno á sí mismo en su propia gloria; cualquiera que esté seguro de poder con su mérito personal granjearse la aprobación de su ciudad natal toda entera, nada pierde de su gloria si rechaza el sufragio de sus conciudadanos y se satisface con su propia estimación». Como se ve, no deriva las virtudes de la fuente más pura, pero reconoce la existencia de esas virtudes sin que haya motivo alguno para dudar de su sinceridad; no obstante, ¿qué pensar de su famosa justificación y aun de su elogio de los vicios?

La Mettrie declara con mucha exactitud, desde su pun-

to de vista, que toda la diferencia entre los buenos y los malos consiste en que en los primeros el interés público es superior al interés privado, mientras que con los segundos ocurre lo contrario; los unos y los otros obran por necesidad; la Mettrie llega á inferir que el arrepentimiento es en absoluto condenable, porque no hace más que perturbar la tranquilidad del hombre sin influir en su conducta. Conviene observar que precisamente aquí se halla la parte más débil de su sistema, cayendo en una contradicción flagrante con sus propios principios y donde con mayor fuerza se ha dirigido la crítica contra su carácter personal; indiquemos cómo entabló su polémica contra los remordimientos, para no hacerle aparecer ni demasiado malo ni demasiado bueno. El punto de partida fué evidentemente la observación de que por efecto de nuestra educación experimentamos con frecuencia escrúpulos y remordimientos por cosas que la filosofía no puede considerar como condenables; hace falta primero pensar aquí en todas las relaciones del individuo con la religión y la Iglesia, después en los goces sensuales, supuestos inocentes, particularmente el amor sexual; en este terreno la Mettrie y después de él los escritores franceses de esta época estaban desprovistos de un discernimiento claro, porque, en la sociedad que ellos conocen, los beneficios de la disciplina en la vida de familia, y la moralidad superior que le es inseparable, estaban casi olvidados y apenas si se sacrificaban por ellos; las ideas excéntricas de una recompensa sistemática de la virtud y de la valentía por los favores de las mujeres más hermosas, que recomienda Helvetius, son el punto de partida de la Mettrie, quien se lamenta de que la virtud pierda una parte de sus recompensas naturales por seguir escrúpulos inútiles é inmotivados; en seguida generaliza esta tesis definiendo los remordimientos como derechos de un estado moral anterior que ya no tiene verdadero sentido para nosotros.

Pero aquí olvida la Mettrie que ha dado expresamen-

te á la educación la más alta importancia, tanto para el individuo como para la sociedad, y esto desde un doble punto de vista; primero, como ya dijimos, la educación sirve para mejorar la organización del individuo; luego la Mettrie concede también á la sociedad el derecho de favorecer, en interés general, por medio de la educación, el desarrollo de los sentimientos que conducen al individuo á servir los intereses de la sociedad y á encontrar su felicidad hasta en los sacrificios personales que tienden á este fin; lo mismo que el bueno tiene pleno derecho á extirpar en sí mismo los remordimientos que provienen de una mala educación que condena injustamente los placeres sensuales, así también al malvado, á quien la Mettrie sin cesar desea toda la felicidad posible, le incita á librarse de sus remordimientos: primero, porque no pudo hacer otra cosa de lo que hizo, y después porque la justicia, vengadora, le castigará tarde ó temprano, tenga ó no remordimientos. Es indudable que aquí la Mettrie se engaña dividiendo á los hombres en «buenos» y «malos», olvidando la infinita variedad de combinaciones psicológicas de los motivos buenos y malos, y suprimiendo la causalidad psicológica de donde se derivan los remordimientos de los malos, siendo así que la admite en los buenos; si puede lograrse que éstos, por un efecto último de su educación moral, se abstengan de goces inocentes, puede también ocurrir que los malos, influídos por los sentimientos que conservan de su educación, se substraigan á las malas acciones; es también evidente que el arrepentimiento experimentado en el primer caso, pueda llegar á ser un motivo de abstención en el segundo, pero la Mettrie tiene que negar ú olvidar esto para venir á parar en la condenación absoluta de todo remordimiento.

Su sistema produce un fruto mejor cuando reclama penas humanas tan dulces como sean posibles; la sociedad, por interés de su conservación, está obligada á per-

seguir á los malos, pero no debe de hacerles mayor mal del que este objeto exija. Observemos, por último, que la Mettrie trata de embellecer su sistema afirmando que el goce, á la vez que proporciona satisfacciones y alegrías al hombre, le hace servicial y es un lazo eficazísimo para la sociedad, en tanto que la abstinencia engendra los caracteres rudos, intolerantes y, por consecuencia, insociables. Se formará el juicio que se quiera de este sistema moral, pero es indudable que está bien concebido y es rico en pensamientos, cuya importancia puede apreciarse primero porque interesó vivamente á sus contemporáneos y le tomaron después otros escritores que le desarrollaron sistemáticamente en más amplia base. ¿Hasta qué punto hombres como Holbach, Helvetius y Volney saquearon á sabiendas las obras de la Mettrie? Esta es una cuestión que no podemos examinar; lo cierto es que todos ellos las habían leído y se creían muy superiores al autor; además, muchos de estos pensamientos están de tal modo de acuerdo con el genio de la época que se puede atribuir la prioridad á la Mettrie, pero sin garantizar que sean de él realmente: ¡cuántas ideas van de boca en boca antes de que se escriban y se impriman! ¡cuántas otras se ocultan en los libros bajo expresiones diversamente veladas, en una forma hipotética, y que parecen dichas en broma allí donde nadie hubiera creído encontrarlas! Montaigne, sobre todo, en la literatura francesa, es una mina casi inagotable de ideas temerarias y la Mettrie prueba con sus citas que le ha leído asiduamente; si á éste se añaden Bayle y Voltaire, aunque las tendencias más radicales del último no se hayan dibujado hasta después de los escritos de la Mettrie, se comprenderá fácilmente que serían precisos estudios muy profundos para determinar lo que son reminiscencias ó ideas originales en la Mettrie; pero lo que puede afirmarse con toda seguridad es que no hay quizá un escritor de su tiempo menos inclinado á adornarse con plumas ajenas; es verdad que sus citas son casi siempre

inexactas, pero á lo menos nombra á sus antecesores aun cuando no sea más que por una palabra ó por una alusión; le preocupa más crearse cofrades en su modo de pensar, cuando se ve solo con sus opiniones, que de pasar injustamente por original.

Por lo demás, un escritor como la Mettrie debía llegar fácilmente á las ideas más peligrosas, porque lejos de huir de las aserciones aventuradas que chocaban con la opinión general, las buscaba ávidamente; en este concepto no es posible encontrar mayor contraste que el que existe entre la franqueza de Montaigne y la de la Mettrie; Montaigne nos parece en sus afirmaciones más arriesgadas casi siempre sencillo y, por lo tanto, amable; charla como un hombre que no tiene la menor intención de ofender á nadie y al que de pronto se le escapa un pensamiento del cual él mismo no parece comprender el alcance, mientras que al lector le asusta ó le admira por poco que se detenga y lo note; la Mettrie no es jamás sencillo; estudia para producir efecto, y esta es su falta capital; pero también esta falta ha sido cruelmente expiada, porque ha facilitado á sus adversarios el medio de desnaturalizar su pensamiento; aparte de los ataques simulados que se dirige con frecuencia á sí mismo para conservar mejor el anónimo, se pueden explicar casi todas las contradicciones aparentes de sus aserciones por la exageración de una antítesis, la cual debe considerarse, no como una negación, sino como una restricción parcial de su pensamiento.

Este mismo defecto es el que inspira tan gran repugnancia hacia las obras en que la Mettrie se ha esforzado en glorificar, en cierto modo, la voluptuosidad con los más poéticos colores; Schiller ha dicho de las licencias poéticas cuando están en oposición con las leyes de la honestidad: «sólo la naturaleza puede justificarlas», y «la belleza natural puede sólo justificarlas»; en estas dos relaciones y por la simple aplicación de este criterio, la *Voluptuosidad* de la Mettrie y su *Arte de gozar*, son muy

condenables como producciones literarias; Ueberweg dice con razón de estas obras que «de un modo más artificial y exagerado que frívolo» tratan de justificar los goces sensuales; no entraremos en si es preciso juzgar al hombre más severamente bajo la relación moral cuando por amor á un principio se decide á hacer tales composiciones que cuando espontáneamente las ve con placer fluir de su pluma; en todo caso, no podemos querer mal á Federico el Grande por haberse interesado por este hombre y después, cuando le prohibieron residir en Holanda, haberle traído á Berlín donde llegó á ser lector del rey, miembro de la Academia y volvió á ejercer la medicina. «Su reputación de filósofo y sus desgracias, dice el rey en su elogio, bastaron para conceder á la Mettrie un asilo en Prusia»; el monarca aceptó, pues, la filosofía de *El hombre-máquina* y de la *Historia natural del alma*; si más tarde Federico se expresó desdeñosamente refiriéndose á los escritos de la Mettrie, es porque sin duda tenía presentes la *Voluptuosidad* y el *Arte de gozar*. En cuanto al carácter personal del sabio francés, el rey le juzgó muy favorablemente, no sólo en su elogio académico, sino hasta en sus conversaciones íntimas; esto es tanto más notable cuanto que la Mettrie, como es sabido, se tomaba grandes libertades en la corte y se abandonaba á una descortesía excesiva en la sociedad del rey.

La muerte de la Mettrie, sobre todo, fué lo que más perjudicó á su causa; si el materialismo moderno sólo hubiera tenido representante como Gassendi, Hobbes, Toland, Diderot, Grimm y Holbach, los fanáticos, que fundan tan frecuentemente sus juicios en particularidades insignificantes, hubieran perdido una ocasión tan deseada para pronunciar sus anatemas contra el materialismo. La Mettrie llevaba apenas unos años disfrutando de su nueva felicidad en la corte de Federico el Grande, cuando el embajador de Francia, Tirconnel, á quien la Mettrie había felizmente curado de una grave enfermedad, celebró

su vuelta á la salud con una fiesta que condujo al sepulcro al atolondrado médico; cuéntase que para dar una muestra de su devorante capacidad, y sin duda también para alardear de su robusta salud, se comió él solo un gran pastel de trufas, que inmediatamente después se sintió indispuerto y murió de una fiebre aguda, en los transportes del delirio, en el palacio del embajador; este acontecimiento causó una sensación tanto más profunda cuanto que entre el número de las cuestiones entonces más debatidas se encontraba ésta de la entanasia (muerte tranquila) de los ateos; en 1712 había aparecido una obra francesa, atribuída principalmente á Deslandes, que contenía la lista de los grandes hombres muertos alegrementemente; este libro se tradujo al alemán el 1747 y no se había aún olvidado; dicho libro, á pesar de sus defectos, tuvo cierta importancia porque contradecía la doctrina ortodoxa vulgar que no admite la muerte tranquila más que dentro de la Iglesia y en la desesperación fuera de ella; del mismo modo que se discutía si un ateo puede tener una conducta moral y, por lo tanto (según la hipótesis de Bayle), si un Estado compuesto de ateos puede subsistir, así se preguntaba entonces si un ateo podía morir apaciblemente; al revés de la lógica, que cuando hay que establecer una regla general hace predominar un solo hecho negativo en toda una serie de hechos positivos, el fanatismo acostumbra en semejantes casos á conceder más importancia á un solo hecho favorable á sus aserciones que á todos los hechos que le contradicen; la Mettrie, muerto en el delirio de la fiebre después de haber comido demasiado glotonamente un gran pastel de trufas, es un acontecimiento más que suficiente para ocupar por completo la inteligencia limitada de un fanático hasta el punto de excluir toda otra idea; por lo demás, esta historia, que metió tanto ruido, no está al abrigo de toda duda en lo que se refiere al punto capital, á saber, la verdadera causa de esa muerte; Federico el Grande se satisfizo con

decir en el elogio histórico de la Mettrie: «Ha muerto en el palacio de milord Tirconnel, plenipotenciario de Francia, á quien había dado la vida; parece que la enfermedad, sabiendo muy bien lo que se hacía, le atacó primero al cerebro para estar más segura de matarle, invadiéndole una fiebre muy alta con un violento delirio; el enfermo se vió obligado á recurrir á la ciencia de sus colegas, pero no encontró auxilio más que en sus propios conocimientos que tantas veces se había prestado á sí mismo y al público.» Es verdad que el rey se expresó de otro modo en una carta confidencial escrita á su hermana, la margrave de Bayreuth (36); esta carta dice que la Mettrie tenía una indigestión de pastel de faisán; sin embargo, el monarca parece considerar como la causa real de la muerte una sangría que la Mettrie se prescribió á sí mismo para mostrar á los médicos alemanes, con los que había tenido una discusión acerca de este punto, la utilidad de las sangrías en tales casos.

CAPITULO III

El sistema de la naturaleza.

Los órganos del movimiento literario en Francia; sus relaciones con el materialismo.—Cabanis y la fisiología materialista.—El *Sistema de la naturaleza*; su carácter general.—Su autor es el barón Holbach.—Otros escritos de Holbach.—Su moral.—Sumario de la obra; la parte antropológica y los principios generales del estudio de la naturaleza.—La necesidad en el mundo moral; conexiones con la Revolución francesa.—«El orden y el desorden no están en la naturaleza»; polémica de Voltaire contra esta tesis.—Consecuencias sacadas del materialismo en virtud de la asociación de las ideas.—Consecuencias para la teoría estética.—La idea de lo bello en Diderot.—Ley de las ideas, morales y estéticas.—Lucha de Holbach contra el alma inmortal.—Aserción relativa á Berkeley.—Ensayo para fundar la moral en la fisiología.—Pasajes políticos.—Segunda parte de la obra; lucha contra la idea de Dios.—Religión y moral.—Posibilidad general del ateísmo.—Conclusión de la obra.

Si entrase en nuestro plan seguir en detalle las formas múltiples que ha recibido la concepción materialista del universo y apreciar la lógica más ó menos cerrada de los pensadores y escritores que no rinden homenaje al materialismo más que incidentalmente unos, en tanto que otros se aproximan á él cada vez más por un lento desarrollo y muchos, en fin, se manifiestan claramente materialistas aunque, por decirlo así, contra su voluntad, ninguna época nos suministraría mayor número de materiales que la segunda mitad del siglo XVIII, ni país alguno tendría en nuestro cuadro sitio más extenso que Francia.

Hallamos, en primer término, á Diderot, hombre plebético de inteligencia y de entusiasmo, á quien llaman